USP · FFLCH · DLM

Literatura Hispanoamericana: Conquista y colonia · 2024 / 1

Profa. Dra. Laura Janina Hosiasson

Theo Dubeux Amado n.º 11246926

**sor Juana Inés de la Cruz**

**y la defensa de los derechos de las mujeres**

En el siglo XVII, una mujer letrada era, sin duda, fenómeno raro. Si consideramos la vida y los costumbres de Nueva España, “una realidad histórica que nació y vivió en contra de la corriente general de Occidente, es decir, en oposición a la modernidad naciente” (PAZ, p. 24), podemos imaginar que quedaría aún más difícil. Y recordemos que teníamos la Inquisición – aunque la última supuesta bruja haya sido ejecutada en España en 1611, la persecución del tribunal religioso solamente se suprimió oficialmente en la Nueva España a comienzos del siglo XIX.

Todo contribuye para hacer la vida y obra de sor Juana Inés de la Cruz un acontecimiento absolutamente extraordinario.

En este mundo hecho por y para hombres, la monja-escritora tuvo que desarrollar mecanismos, estrategias que la permitiesen estudiar, buscar medios para saciar su curiosidad, su sed de conocimiento. Octavio Paz menciona pasajes de su vida que presentan de manera más clara estas estrategias, vinculadas a una idea de masculinización, que le podrían proporcionar la posibilidad de ocupar espacios destinados exclusivamente a hombres: a los seis o siete años, tras aprender a leer y escribir, pide a su madre “que la enviase a la Universidad vestida de hombre” (PAZ, p. 109) (puesto que a las mujeres no se les era permitido); como se le negasenlo, decide estudiar sola, en la biblioteca de su abuelo; años más tarde, elige irse a vivir en un convento, un espacio donde, necesariamente, “neutraliza su sexo”. Paz analiza aún la identificación que construye la poeta, en su más conocido poema (y, según ella misma, la única obra que escribió por gusto, no porque la encomendasen), *Primero sueño*, con el mito de Faetón, hijo bastardo de Helios con la ninfa Clímene. A este héroe se le asociaban las ideas de atrevimiento, imprudencia y castigo, pues toma el carruaje de su padre, como que para probar que era su hijo y, tras crear inmensos problemas, termina castigado por Zeus, que se le hace caer con un rayo y al final se ve convertido en cisne. El poema, en total, nos remite a la búsqueda de conocimiento, creando una conexión con la idea de ascensión; Faetón, “ejemplar osado” (CRUZ 1984, p. 86, v. 785), sube al cielo inconsciente de sus límites y riesgos, indiferente a posibles consecuencias y castigos. Así es la jornada de la autora hacia el conocimiento - osada, arriesgada y bajo amenazas, aunque consciente de los riesgos y consecuencias.

De todo modo, una vez más, hay la identificación con un hombre, bastardo como ella, que se atreve acercarse de las alturas, como ella. Al analizar esta cuestión de la necesidad de identificarse con hombres, o ponerse en situaciones reservadas a hombres, Paz se opone a críticos que le precedieran, como Ludwig Pfandl, que afirmaba que “las más recientes biografías de nuestra monja mexicana están de acuerdo en que presenta un tipo de mujer claramente orientada a lo masculino.” (PAZ, p. 92-93) Para Paz, este análisis se basaba en las creencias del tiempo y cultura de estos críticos, un análisis anacrónico, incapaz de considerar las complejas circunstancias de vida de la biografada. Al considerarse la sociedad en que vivía la poeta, resulta evidente que su comportamiento se debió a la mencionada necesidad de buscar alternativas a lo que sería su destino natural como mujer - resignarse con la ignorancia, dedicarse a las tareas domésticas o de una institución religiosa. Lo que de hecho fue central, por toda su vida, lo que cambió todo y la hizo el fenómeno que ha sido, fue la curiosidad, su irrefrenable deseo de saber, conocer, y las maneras que encontró para hacer frente a las prohibiciones vigentes.

En la *Respuesta a Sor Filotea*, dice que su deseo por conocimiento era un impulso de Dios y que aunque le hubiera suplicado no tenerlo, nunca le habría disminuido, y por tanto era algo que debería aceptar como voluntad divina. Este deseo irrefrenable lo revela cuando describe episodios de su niñez y juventud:

Acuérdome que en estos tiempos, (...) me abstenía de comer queso, porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo este tan poderoso en los niños. (...) Empecé a aprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres —y más en tan florida juventud— es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta dónde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o tal cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. (CRUZ 2004, p. 78)

Para una mujer del siglo XVII, “El conocimiento es transgresión. Ella misma lo dice: lee todos los libros sin que ‘basten los castigos a estorbarla’” (PAZ, p. 121-122). Esta declaración sobre la ineficacia de los castigos frente a la búsqueda del conocimiento se potencializa en los siguientes versos, como que ratificando la transgresión:

donde el ánimo halla,  
más que el temor ejemplos de escarmiento,  
abiertas sendas al atrevimiento,  
que una ya vez trilladas, no hay castigo  
que intento baste a remover segundo  
(segunda ambición, digo). (CRUZ 1984, p. 86, v. 790)

En contra del comportamiento de Faetón, la autora está consciente de las consecuencias; sin embargo, el ánimo se les sobrepone, el atrevimiento se impone frente a posibles castigos. Si este atrevimiento, esta transgresión, sería particularmente problemática para mujeres, para monjas quedaría aún más conflictiva. La relación que establecía la Iglesia con sor Juana resultaba compleja. Margo Glantz resalta, por un lado, el aspecto positivo que podrían los religiosos extraer de haber una monja extraordinariamente inteligente y culta en la Nueva España – para ilustrarlo, construye una metáfora con el oro:

La fama de Sor Juana es muy pronto el producto de una metaforización [...]; Sor Juana se convierte en el paradigma de lo americano; adopta las características esenciales de la tierra en donde fue engendrada: el tesoro que los españoles, desde su llegada, buscan en el Nuevo Mundo. Es, ni más ni menos, igual que el oro, arrancado de las vetas minerales de la gigantesca y prodigiosa América. [...] Al ser objeto de una metaforización tan extremada, al verse equiparada con el producto arrancado de la tierra, tiene lugar una sustitución. La ecuación metaforizada, América = oro natural, se transforma por extensión en Sor Juana = oro racional. (GLANTZ, p. XXVIII)

Sin embargo, si a la Iglesia le quedaría bien mantener una monja notablemente letrada en la colónia, como símbolo de mujer virtuosa, queda muy evidente, a la vez, que este “oro racional”, los escritos de Sor Juana, podrían presentar algún tipo de amenaza a la orden establecida, principalmente el lugar de la mujer en el Imperio Español del siglo XVII – muy claramente consolidado por la máxima de San Pablo: “Las mujeres callen en las iglesias, porque no les es dado hablar” (PAZ, p.548). La inteligencia, en una mujer, era signo de soberbia, pecado; las letras pertenecían al mundo masculino.

En la *Respuesta a Sor Filotea*, la poeta construye argumentos para defender su derecho al saber, y por extensión, los derechos de las mujeres:

(...) se habla con toda la colección de los hombres y mujeres, y a todos se manda callar, (...). Y si no, yo quisiera que estos intérpretes y expositores de San Pablo me explicaran cómo entienden aquel lugar: *Mulieres in Ecclesia taceant*. Porque o lo han de entender de lo material de los púlpitos y cátedras, o de lo formal de la universalidad de los fieles, que es la Iglesia. Si lo entienden de lo primero (que es, en mi sentir, su verdadero sentido, pues vemos que, con efecto, no se permite en la Iglesia que las mujeres lean públicamente ni prediquen), ¿por qué reprenden a las que privadamente estudian? Y si lo entienden de lo segundo y quieren que la prohibición del Apóstol sea trascendentalmente, que ni en lo secreto se permita escribir ni estudiar a las mujeres, ¿cómo vemos que la Iglesia ha permitido que escriba una Gertrudis, una Teresa, una Brígida, la monja de Ágreda y otras muchas? (CRUZ 2004, p. 101-102)

O sea, propone que el adagio de San Pablo podría ser leído o como una prohibición más amplia, a ambos géneros, o como restricto al ámbito de la iglesia - lo que les permitiría a las mujeres estudiar en ámbito privado. Para justificarlo, menciona, a lo largo de la *Respuesta*, mujeres de alguna manera asociadas a la religión - de hecho, enumera más de 40 mujeres, entre monjas, santas y personajes bíblicos.

Al cuestionar el adagio de San Pablo, o el sermón de Padre Vieira en la *Carta Atenagórica*, Sor Juana ocupa, por tanto, un lugar masculino, una posición que no le cabe, que incomoda el poder establecido. Con respecto al rol de la mujer, la jerarquía, las directrices a seguir, Beatriz Colombi subraya el carácter prescriptivo que pretende el prólogo del obispo Fernández de Santa Cruz, apuntando este desvío – una vez más, el comportamiento transgresor:

La carta que el Obispo de Puebla [...] remite a Sor Juana [...] se presenta como una reconvención, una demarcación de los límites respecto a qué puede saber, qué puede decir y qué puede hacer una monja en el contexto de la Colonia novohispana. La carta del Obispo puede ser leída como un tratado de conducta, un manual de comportamientos, que demuestra la administración de un saber y la gobernabilidad de un sujeto: el femenino colonial. (COLOMBI, n. p.)

Con la publicación de esta carta, la poeta se ve involucrada en la compleja trama de poderes en los intestinos de la iglesia de la Nueva España, y necesita manejar constantemente sus habilidades para expresarse, sin trastornar ni a la corona, ni a la Iglesia – al contrario, buscando su apoyo.

[...] su capacidad de discernimiento [...] era tan grande como su genio y supo adaptarse con perfección a las convenciones de su época, dicho con otras palabras, ahora “modernas”, respetaba totalmente al sistema - el “establishment”-, única manera de transgredirlo con propiedad y con menos riesgo. (GLANTZ, p. XX)

Este respeto - o medo - al sistema, muy consciente, se presenta, por ejemplo, en la *Respuesta*, cuando menciona claramente la Inquisición: “(...) yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante y tiemblo de decir alguna proposición malsonante o torcer la genuina inteligencia de algún lugar.” (CRUZ 2004, p. 77) Respecto a las estrategias de supervivencia, ya en los dos primeros párrafos de esta carta se presenta un recurrente artificio – el *Captatio benevolentiae*: “[...] ¿de dónde, venerable Señora, de dónde a mí tanto favor? ¿Por ventura soy más que una pobre monja, la más mínima criatura del mundo y la más indigna de ocupar vuestra atención?” (CRUZ 2004, p. 73).

Este ingenio, que podríamos asociar al uso recurrente de la famosa fórmula de autohumillación “Yo, la peor de todas”, se presenta una vez más en la *Carta Atenagórica*, en que resalta el rol de la mujer, frente a la sociedad:

(...) será V.md. solo el testigo, en quien la propia autoridad de su precepto honestará los errores de mi obediencia, que a otros ojos pareciera desproporcionada soberbia, y más cayendo en sexo tan desacreditado en materia de letras con la común acepción de todo el mundo. (CRUZ 2004, p.37)

Otro fragmento de la misma carta en que se presentan sus habilidades argumentativas aborda la cuestión de los temas de estudio. Si, como monja, debería dedicarse a la Teología, argumenta que debería, obligatoriamente, abordar otros campos de conocimiento. Para esto, asocia los escritos religiosos a la vida cotidiana, para concluir que todos los saberes se hacen necesarios al entendimiento de la sociedad - y por lo tanto, al entendimiento de la propia Teología:

Con esto proseguí [...] los pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología; pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las ciencias y artes humanas; porque ¿cómo entenderá el estilo de la Reina de las Ciencias quien aún no sabe el de las ancilas? ¿Cómo sin Lógica, [...] sin Retórica, [...] sin Física, [...] sin Aritmética, [...] sin Arquitectura, [...] sin grande conocimiento de reglas y partes de que consta la Historia, [...] sin grande noticia de ambos Derechos, [...] sin grande erudición tantas cosas de historias profanas, de que hace mención la Sagrada Escritura, [...] sin muchas reglas y lección de Santos Padres, [...] sin ser muy perito en la Música, [...] cómo se podrá entender esto? (CRUZ 2004, p. 80)

En esta lucha por poder en que se insere la *Carta Atenagórica*, Ludmer realza aún la complejidad del hecho de que el obispo de Puebla haya firmado su carta como una mujer:

El gesto del Obispo, que se disfraza de Sor Filotea [...], es la transferencia a la carta del gesto de la publicación de la palabra del débil: él tapa su nombre‐sexo para abrir la palabra de la mujer y publica, dándole nombre [...]. Pero el dar la palabra y el identificarse con el otro para constituir una alianza implican una exigencia simultánea: el débil debe aceptar el proyecto del superior. [...] Y allí es donde ella erige su cadena de negaciones: no decir, decir que no sabe, no publicar, no dedicarse a lo sagrado. En este doble gesto se combinan la aceptación de su lugar subalterno (cerrar el pico las mujeres), y su treta: no decir pero saber, o decir que no sabe y saber, o decir lo contrario de lo que sabe. (LUDMER, n. p.)

Y concluye con la dialéctica por la cual la autora trae para el mundo femenino lo que le interesa – las letras, el conocimiento:

Finalmente, acepta que las mujeres no hablen en los púlpitos y en lecturas públicas, pero defiende la enseñanza y el estudio privado [...]. Aceptar, pues, la esfera privada como campo “propio” de la palabra de la mujer, acatar la división dominante pero a la vez, al constituir esa esfera en zona de la ciencia y la literatura, negar desde allí la división sexual. (LUDMER, n. p.)

Ni siquiera esta división, como lo sabemos hoy, sería posible. La extraordinaria vida de sor Juana presenta algo como un protofeminismo en circunstancias históricas notablemente contrarias. Resulta fácil imaginar que tales transgresiones no podrían terminar bien: en seguida a la *Respuesta*, la poeta cambia su comportamiento y cesa de escribir. Según Paz, la relación entre este cese y la reacción a su comportamiento transgresor es clara:

(...) el cambio fue repentino. En unos cuantos meses sor Juana pasó de la defensa de las letras profanas y del derecho de la mujer al saber a la aceptación de las censuras que le habían hecho Fernández de Santa Cruz y Núñez de Miranda. El padre Oviedo —y con él la mayoría de los críticos católicos— atribuyen la mutación a una orden del cielo. Más verosímil parece atribuir esta súbita decisión a la soledad creciente en que vivía y a la zozobra que le inspiraba la cada vez menos oculta hostilidad de sus poderosos malquerientes. (...) El sentimiento dominante en sor Juana era el miedo (...). (PAZ, p. 579-580)

Bibliografia

COLOMBI, Beatriz. *La respuesta y sus vestidos: tipos discursivos y redes de poder en la Respuesta a Sor Filotea*. In: Revista Mora nº 2. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de Estudios de Género - Universidad de Buenos Aires, 1996. Disponible en: https://dubeux.com/usp/La-Respuesta-y-Sus-Vestidos-Colombi.pdf

CRUZ, sor Juana Inés de la. *Obra selecta*, v. 2. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1994.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. *Polémica.* Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2004.

GLANTZ, Margo. Prólogo. In: CRUZ, sor Juana Inés de la. *Obra selecta*, v. 1. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1994.

LUDMER, Josefina. *Tretas del débil*, In: P. González y E. Ortega (Ed.), La sartén por el mango. Puerto Rico: Huracán, 1984. Disponible en: https://dubeux.com/usp/Tretas-del-debil.pdf

PAZ, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. México, D.F.: Seix barral, 1982.